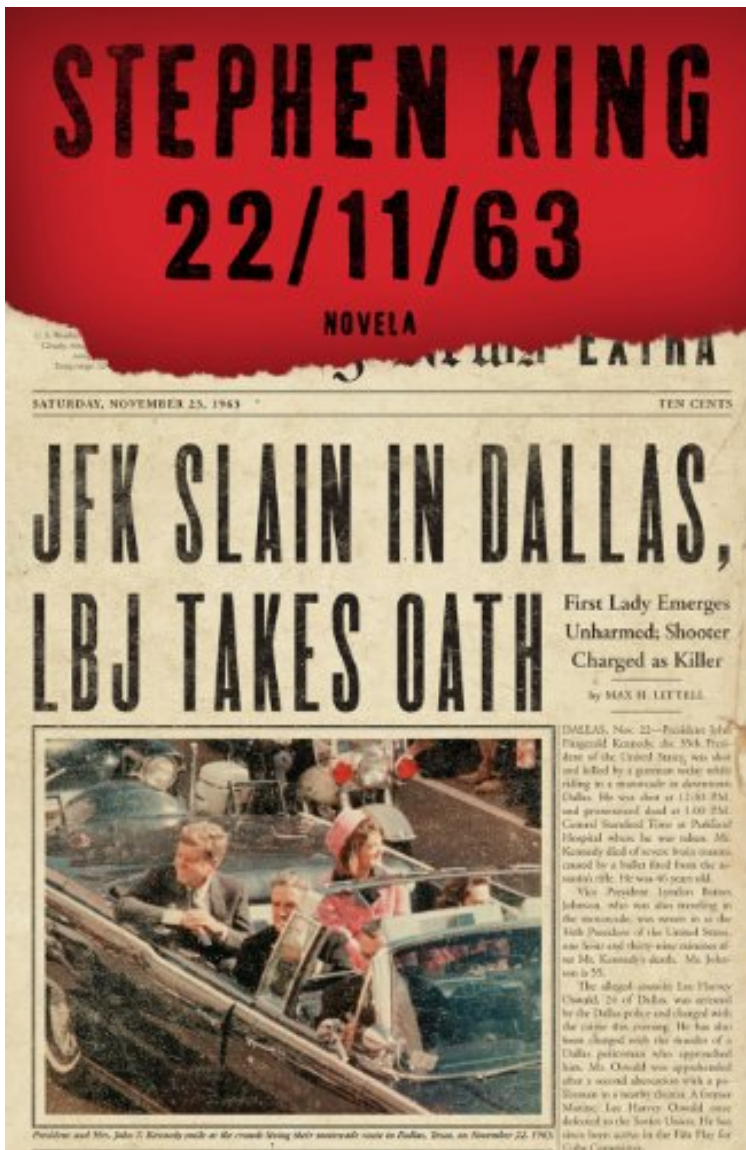


22/11/63



Par Stephen King
ePub | *DOC | audiobook | ebooks |
Download PDF

Dtails sur le produit Rang parmi les ventes : #119570 dans eBooksPubli
le: 2012-10-24Sorti le: 2012-10-24Format: Ebook Kindle

[Mobile library] 22/11/63

Par Stephen King : 22/11/63 before purchasing it in order to gage whether or not it would be worth my time, and all praised 22/11/63:

Download

Read Online

Description :

Prsentation de l'diteurEl 22 de noviembre de 1963 tres disparos resonaron en Dallas. Muri el presidente Kennedy, y el mundo cambi. Qu haras t si pudieras impedirlo? En esta novela brillante, Stephen King acompaa al lector en un viaje maravilloso al pasado y en un intento de cambiar lo que pas. Durante casi 900 pginas nos ofrece un impecable retrato social, poltico y cultural del final de los aos cincuenta y principios de los sesenta; un mundo marcado por coches enormes, la figura de Elvis Presley y el humo de los cigarrillos flotando por todas partes. Todo empieza con Jake Epping, profesor de ingls en el instituto de Lisbon Falls, Maine, que se gana un sueldo extra con clases nocturnas para adultos. Un da pide a sus estudiantes que escriban sobre un acontecimiento que les haya cambiado la vida, y una de esas redacciones le impacta

profundamente: la historia cruenta de una noche de hace cincuenta años cuando el padre de Harry Dunning volvió a casa para matar a su madre, hermano y hermana con un martillo. Al leer esta redacción algo transforma a Jake; su vida, igual que aquel día de 1963 en Dallas, cambia por completo en tan solo un instante. Poco después su amigo Al, propietario de un diner en su barrio, le descubre un secreto: en el almacén hay una puerta que conduce al pasado, a un día en particular del año 1958. Y Al le pide a Jake que le ayude con una misión que le obsesiona: impedir el asesinato de Kennedy. Y así comienza la nueva vida de Jake como George Amberson, en un mundo muy diferente. En él, George se enamora mientras sigue el rastro de Lee Harvey Oswald hacia un momento histórico que quizá ahora nunca se produzca. Un viaje al pasado nunca ha sido tan creíble, ni tan terrorífico... La crítica ha dicho... Una novela magistral. Iván de la Nuez, Babelia, El País Con 22/11/63 King vuelve a sus inicios, a lo más alto. A dar -nunca mejor dicho- en el blanco. Rodrigo Fresán, ABC Cultural Nos encontramos ante el mejor King... Tan impactante como sus primeros títulos. Llus Fernández, La Razón Extrait Nunca he sido lo que se diría un hombre llorón. Mi ex mujer alega que el motivo principal de la separación era mi inexistente gradiente emocional (como si el tipo que conocí en las reuniones de Alcohólicos Anónimos no hubiera influido). Christy dijo que suponía que podía perdonarme por no haber llorado en el funeral de su padre, solo le había conocido seis años y no podía entender lo maravilloso y generoso que había sido (como cuando, por ejemplo, le regaló un Mustang descapotable por su graduación). Pero luego, cuando tampoco lloré en los funerales de mis propios padres murieron con dos años de diferencia, mi padre de cáncer de estómago y mi madre de un inesperado ataque al corazón mientras paseaba por una playa de Florida, empecé a comprender esa cosa del inexistente gradiente emocional. Yo era incapaz de sentir mis sentimientos, en lenguaje de AA. Jams te he visto derramar ni una lágrima me dijo ella, hablando con la monotonía entonada que la gente emplea cuando está expresando el argumento definitivo que marca el final de una relación. Ni siquiera cuando me amenazaste con marcharte si no iba al centro de desintoxicación. Esta conversación tuvo lugar aproximadamente seis meses antes de que ella recogiera sus cosas, las metiera en su coche, y se mudara a la otra punta de la ciudad con Mel Thompson. Chico conoce a chica en el campus de AA. He aquí otra frase de esas reuniones. No lloré cuando la vi partir. Tampoco lloré cuando regresé a la pequeña casa con la desproporcionada hipoteca. La casa que no había recibido a ningún bebé y que ya nunca lo recibiría. Me senté simplemente en la cama que ahora me pertenecía a mí solo, me tapé los ojos con el brazo, y me lamenté. Sin lágrimas. Pero no estoy emocionalmente bloqueado. Christy se equivocaba en eso. Un día, cuando tenía nueve años, volví a casa del colegio y encontré a mi madre esperándome en la puerta. Me dijo que Rags, mi perro, había muerto atropellado por un camión que ni siquiera se molestó en detenerse. No lloré cuando lo enterramos, aunque mi padre me aseguró que nadie pensaría mal de mí si lo hacía, pero sí lloré cuando ella me lo contó. En parte porque fue mi primera experiencia con la muerte, pero sobre todo porque era mi responsabilidad asegurarme de dejarlo encerrado en nuestro patio trasero. Y también lloré cuando el médico de mi madre telefoneó para contarme lo sucedido aquel día en la playa. Lo siento, pero no hubo nada que hacer dijo. A veces, cuando es tan repentino, los médicos solemos considerarlo una bendición. Christy no estaba allí (aquella vez tuvo que quedarse hasta tarde en el colegio para reunirse con una madre que quería hablar de las notas de su hijo), pero yo lloré, ¿vale? Me metí en nuestro pequeño lavadero y cogí una sábana sucia del cesto y lloré. No mucho rato, pero las lágrimas rodaron. Se lo podría haber contado más tarde, pero no le vi el sentido, en parte porque ella me habría dicho que quería inspirar lástima (esta no es una expresión de AA, pero tal vez debería serlo), y en parte porque no creo que la capacidad para soltar berridos en el momento justo deba ser un requisito para el buen funcionamiento de un matrimonio. Nunca vi llorar a mi padre, ahora que lo pienso; a lo sumo, expresaba sus emociones exhalando un profundo suspiro o gruñendo alguna risita a regañadientes; para William Epping no existían las lamentaciones ostentosas golpendose el pecho ni las carcajadas estridentes. Pertenecía a esa clase de personas extremadamente calladas, y en gran medida, mi madre era igual. Así que quizá esta no es una facilidad para el llanto sea genética. Pero bloqueado? Incapaz de sentir mis sentimientos? No, yo nunca he sido así. Aparte de cuando me dieron la noticia de mi madre, nicamente recuerdo otra ocasión en la que lloré de adulto, y eso fue cuando le conté la historia del padre del conserje. Estaba solo, sentado en la sala de profesores del Instituto de Secundaria Lisbon, corrigiendo un montón de redacciones que mi clase de lengua del programa para adultos había escrito. Por el pasillo me llegaba el ruido sordo de los balones de baloncesto, el estruendo de la bocina de tiempo muerto y el clamor del público que jaleaba mientras combatían las bestias del deporte: los Galgos de Lisbon contra los Tigres de Jay. ¿Quién puede saber cuándo tu vida pende de un hilo, o por qué? El tema que les había asignado era El día que me cambié la vida. La mayoría de estos trabajos, aunque sinceros, eran horribles: relatos sentimentales acerca de una tía bondadosa que había acogido a una adolescente embarazada, un compañero del ejército que había demostrado el

verdadero significado de la valenta, un encuentro fortuito con un famoso (creo que Alex Trebek, el presentador de Jeopardy!, pero quiz se trataba de Karl Malden). Aquellos de vosotros que seis profesores y, por un salario extra de tres o cuatro mil dolares al año, hayis dado alguna vez clase a adultos que estudian para sacarse el Diploma de Equivalencia de Secundaria, sabris lo desalentadora que puede resultar la tarea de leer este tipo de redacciones. La nota apenas cuenta, o al menos para mí; yo aprobaba a todo el mundo, porque nunca he tenido un alumno adulto que no se dejara la piel en el empeo. Si entregabas una hoja de papel con algo escrito, Jake Epping, del departamento de lengua del Instituto Lisbon, siempre te echaba un cable, y si las frases estaban organizadas en párrafos, sacabas como mínimo un notable bajo. Lo que hacía la tarea ardua era que el rotulador rojo sustitua a mi boca como principal herramienta docente, y gastaba casi un rotulador entero. Me deprimía saber que muy poco de lo que sealará con aquella tinta roja iba a ser asimilado; si llegas a la edad de veinticinco o treinta años y no has aprendido a escribir correctamente (completo, no completo), o a poner mayúsculas donde corresponda (Casa Blanca, no casa-blanca), o a construir una frase que contenga un sustantivo y un verbo, probablemente ya nunca aprenders. Aun así, seguimos al pie del can, trazando círculos alegremente alrededor de las faltas de ortografía en frases como Mi marido se apresuró a juzgarme o tachando la palabra voceando y reemplazándola por buceando en la frase Después de eso, iba muchas veces voceando hasta la balsa. En definitiva, una tarea inútil y pesada la que estaba realizando aquella noche mientras, no muy lejos, otro partido de baloncesto de instituto se escurra hacia otro bocinazo final, mundo sin fin, amn. Esto ocurrió poco después de que Christy abandonara el centro de desintoxicación, y supongo que pensaba, si es que realmente pensaba en algo, en la esperanza de llegar a casa y encontrarla sobria (y así fue; se ha aferrado a su sobriedad mejor de lo que se aferró a su marido). Recuerdo que me dola un poco la cabeza y me masajeara las sienes del modo en que uno lo hace cuando intenta evitar que un pequeño pinchazo se convierta en una saeta. Recuerdo que pens: Tres más, solo tres, y podré largarme de aquí. Me iré a casa, me prepararé una taza grande de cacao instantáneo, y me sumergiré en la nueva novela de John Irving sin tener estas historias sinceras pero mal escritas pendiendo sobre mi cabeza. No hubo violines ni campanas de alarma cuando saqué del montón la redacción del conserje y la puse delante de mí, ninguna sensación de que ni mi insignificante vida ni la de nadie estaba a punto de cambiar. Pero eso nunca se sabe, verdad? La vida cambia en un instante. El conserje había utilizado un bolígrafo barato cuya tinta emborrataba las cinco páginas en varios sitios; debí de mancharse todos los dedos. Su caligrafía era un garabato enrevesado pero legible, y debí de presionar con fuerza, porque las palabras quedaron verdaderamente grabadas en aquellas páginas de cuaderno barato; si hubiera cerrado los ojos y deslizado los dedos por la parte de atrás de aquellas hojas arrancadas, habría sido como leer Braille. El final de cada y minúscula estaba rematado con una pequeña ondulación, una especie de floritura. Lo recuerdo con especial claridad. También recuerdo cómo empezaba su redacción. Lo recuerdo palabra por palabra. No fue un día sino una noche. La noche que cambié mi vida fue la noche cuando mi padre asesinó a mi madre y dos hermanos y me iri grave. También iri a mi hermana, tan grave que ella cayó en coma. En tres años murió sin despertar. Se llamaba Ellen y la quería mucho. Le gustaba recoger flores y ponerlas en botellas. Hacia la mitad de la primera página empezaron a picarme los ojos y solté mi fiel rotulador rojo. Fue al llegar a la parte en que describa cómo se arrastraba debajo de la cama, con los ojos cubiertos de sangre (también me corra por la garganta y sabía horrible), cuando empecé a llorar (Christy se habrá sentido muy orgullosa). Lo le de principio a fin sin hacer ni una sola marca, enjugándome los ojos para que las lágrimas no cayeran sobre las páginas que obviamente le habían costado tanto esfuerzo. No había credo que era el más lento de la clase, quizá solo medio peldaño por encima de lo que solamos llamar discapacitado mental educable? Bueno, por Dios, exista una razón para ello, no? Y también para la cojera. Después de todo, era un milagro que hubiera sobrevivido. Pero lo había hecho. Un hombre amable que siempre sonreía y nunca levantaba la voz. Un hombre amable que había pasado por un infierno y que se estaba esforzando con humildad y esperanza, como la mayoría de ellos para sacarse un título de secundaria. Aunque continuara siendo conserje durante el resto de su vida, solo un tipo con pantalones caqui marrones o verdes, empujando una escoba o rascando chicle del suelo con la espátula que siempre guardaba en el bolsillo trasero. Quizá pudo haber sido algo diferente, pero una noche su vida cambió en un instante y ahora simplemente era un tipo con uniforme al que los chicos apodaban Harry el Sapo por su manera de andar. Así que lloré. No mucho rato, pero aquellas fueron lágrimas reales, de esas que surgen de lo más hondo. Por el pasillo me llegó el sonido de la banda de música del Lisbon, que tocaba el himno de la victoria, así que el equipo de casa había ganado, bien por ellos. Más tarde, tal vez, Harry y un par de colegas aparecieron en las gradas y barrerán la porquera que hubiera caído debajo. Tracé una gran A en rojo en la primera página del trabajo. Me quedé mirándola un minuto o dos, luego añadí un gran + en rojo. Porque era bueno, y porque su dolor había provocado una reacción

emocional en m, su lector. Acaso no es eso lo que debe lograr un escrito sobresaliente? Provocar una respuesta?En cuanto a m, solo deseara que la antigua Christy Epping hubiera estado en lo cierto. Deseara haber sido una persona emocionalmente bloqueada, al fin y al cabo. Porque todo cuanto sigui todas y cada una de las cosas terribles que siguieron deriv de aquellas lgrimas.Revue de presseJake Epping es profesor de ingls en una pequea ciudad de Maine. Un da, uno de estos estudiantes adultos escribe una redaccin que le deja impactado.